

NOVELA INELUDIBLE I

Margarita Rojas González

Esta gran novela se ha estudiado dentro del llamado ciclo de la narrativa de la dictadura. Sus posibilidades significativas sin embargo, exceden la referencia histórica a una o dos tristes figuras de la historia paraguaya (José Gaspar Rodríguez Francia, quien gobernó Paraguay veintiseis años hasta 1840; Alfredo Stroessner, dictador de 1954 a 1989).

El texto se abre con la reproducción de un documento que anuncia la (falsa) muerte del dictador, ante lo cual este ordena la búsqueda inmediata del autor del libelo. Sin embargo, a pesar de la intensa pesquisa, que incluye el desciframiento de la caligrafía y la comparación con todos los expedientes del archivo nacional, la resolución del enigma del autor del pasquín resulta imposible.

Al final el dictador muere, con lo cual se cumple lo anunciado por el pasquín al inicio. Y ciento veinte años después, se desata en el país una polémica a raíz de la convocatoria de 1961 a los historiadores nacionales con el fin de recuperar los restos del hombre, perdidos en tumbas en el extranjero, cajas de fideos y urnas con cenizas que terminan en sopas. Entonces, convertida en tema de investigación de historiadores, la identidad original del dictador prolifera de acuerdo con las diversas fuentes, que se contradicen entre sí: como al autor del pasquín, no se puede fijar la verdadera identidad del dueño de la calavera.

Cuando está vivo, el dictador reescribe la historia nacional, instruye a sus subordinados acerca del origen de la patria, habla con las almas o los fantasmas de varios muertos, conversa con algunos perros, con su propia alma, está por encima de vivos y muertos, humanos y animales; define los límites del país y construye una fortaleza a todo su alrededor que no permite a nadie salir ni entrar; impone todas las leyes, censura, reacomoda a los habitantes, encarcela a los opositores; conoce el pasado y el futuro, sabe todo, incluido lo que se escribirá sobre él mismo, en fin, trasciende los tiempos: es el hacedor total de la nación.

Con su mandato totalizador, el país se cierra como un libro y así, la novela hace equivalente la aspiración de un dictador --crear él solo una nación como si fuera el universo-- y la escritura literaria concebida como un acto de creación. El dictador deviene imagen del Autor que se considera fuente única de la verdad y del significado; como un demiurgo inventor de un universo o un Libro, el dictador en su país y el Autor en su libro, resultarían la autoridad suprema.

Sin embargo, así como a través de las fronteras clausuradas se logran colar los contrabandistas o los inmigrantes, en los textos siempre aparecen imprevistos forasteros, que se introducen súbitamente: intermediarios, compiladores, traductores, copiadore, historiadores. En el cuaderno del dictador se traslucen las plumas de otros que copian, traducen y tergiversan, algunos que escriben a escondidas y a veces lo contradicen.

"Aunque en el nombrar las cosas nunca hay un primero. No hay más que infinidad de repetidores. Solo se inventan nuevos errores. Memoria de uno solo no sirve para nada", dice la novela. Las correcciones de los textos relativizan la verdad única y ante la posibilidad de la intervención ajena, la Historia deja de ser narración "fidedigna" de los acontecimientos sucedidos y la palabra, infalible. La identidad del individuo que perdura en el tiempo se fragmenta en distintas individualidades porque el recuerdo que lo hace permanecer está no en uno sino en los muchos que seguirán hablando y escribiendo de él.

¹ Reseña sobre Augusto Roa Bastos, *Yo el supremo* publicada en *Áncora, La nación* (8 mayo 2005), 10.